

Espejo de Monografías

ISSN: 2660-4213 Número 31, año 2024. URL: espejodemonografias.comunicacionsocial.es

MONOGRAFÍAS DE ACCESO ABIERTO
OPEN ACCESS MONOGRAPHS

COMUNICACIÓN SOCIAL
ediciones y publicaciones

ISBN 978-84-10176-04-1

Violencias, memoria y cine

La construcción audiovisual del pasado (2024)

Cora Cuenca-Navarrete; Tibisay Navarro-Mañá (editoras)

Separata

Epílogo

Título del Capítulo

«Epílogo. El entierro de Navalny o el poder político de las imágenes»

Autoría

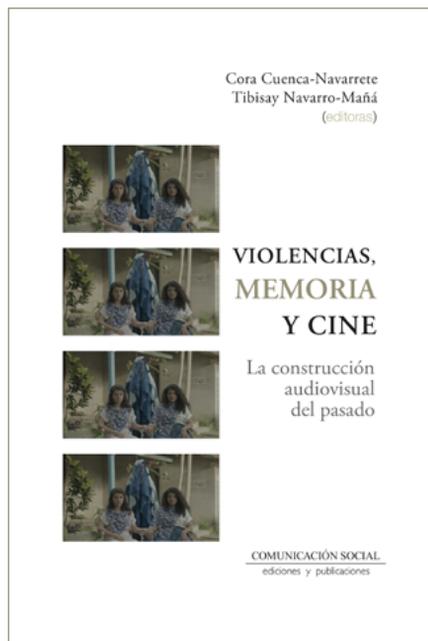
Miguel Vázquez-Liñán

Cómo citar este Capítulo

Vázquez-Liñán, M. (2024): «Epílogo. El entierro de Navalny o el poder político de las imágenes». En Cuenca-Navarrete, C.; Navarro-Mañá, T. (eds.), *Violencias, memoria y cine. La construcción audiovisual del pasado*. Salamanca: Comunicación Social Ediciones y Publicaciones. ISBN: 978-84-10176-04-1

D.O.I.:

<https://doi.org/10.52495/epil.emcs.31.c46>



El libro *Violencias, memoria y cine. La construcción audiovisual del pasado* está integrado en la colección «Contextos» de Comunicación Social Ediciones y Publicaciones.

Violencias, memoria y cine. La construcción audiovisual del pasado analiza de forma crítica la relación y la intersección de los tres conceptos que han servido de hilos conductores en todos los capítulos del presente volumen: violencia, memoria y cine.

Sus páginas invitan al lector a realizar un recorrido por la representación de la violencia en el cine atendiendo a casos de estudio desplegados en distintos puntos de la geografía; también a reflexionar en torno a cómo las diferentes dimensiones de las memorias oficiales en esos lugares influyen en la creación de películas.

Durante el último siglo, el imparable desarrollo de la tecnología y del cine ha ofrecido las más diversas posibilidades de representación de los episodios más violentos de nuestro pasado. Por tanto, creemos adecuado cuestionar los filmes en forma y fondo, su influencia en las víctimas, la manera en la que perpetúan (o no) ciertas narrativas, y cómo éstas contribuyen a la creación de memorias hegemónicas y de otras más subversivas.

Así, y ya que nos encontramos constante e inevitablemente rodeados de cine, con este volumen animamos al lector a pausar y, siguiendo el ejemplo de nuestros casos de estudio, a consumir con mirada crítica las representaciones audiovisuales que dictan cómo hemos de recordar nuestro pasado desde el presente.

Sumario

Prólogo. Las intersecciones de la memoria, por Joe Eggers	11
Introducción, por Cora Cuenca Navarrete	15
Referencias	26
1. El testimonio en un carrete. Reflexiones en torno a la ético-estética cinematográfica en el acceso a la violencia franquista en España, por Cora Cuenca Navarrete; Tibisay Navarro Mañá	27
Una cronología histórico-cinematográfica desde la Transición hasta los albores del nuevo siglo	27
La memoria cobra fuerza en España: la influencia de Europa y el desmoronamiento del relato transicional	31
Del testigo al espectador pasando por el cineasta. Sobre lo kitsch y lo auténtico	38
Potencia y ético-política del testimonio en el documental. El nome de los árboles y El silencio de otros	44
Las «trampas» del cine o la desactivación de la memoria a través de la emoción	46
De finales catárticos, Quilinos y Ascensiones	49
Conclusiones y nuevos interrogantes hacia el futuro	52
Referencias	55
2. Un pasado que no cesa. La práctica filmica implicada frente a la violencia ultra durante La Transición, por Lurdes Valls Crespo; Ana González Casero	57
Introducción. Velo y desvelo de la extrema derecha	57

La producción audiovisual «implicada» desde la herencia. Del <i>Parlamento de papel</i> a la militancia en 16mm	63
Pruebas filmicas para una historia no olvidada. <i>De Lunes Negro, Atocha 55</i> (Tino Calabuig, 1997) a <i>Yolanda en el país de los estudiantes</i> (Isabel Rodríguez, 2013)	68
Conclusión	75
Referencias	77
3. Con mi corazón en Yambo. Memoria de las desapariciones forzadas en Ecuador, <i>por Victoria César Velázquez</i>	79
Introducción	79
La desaparición forzada como causa del trauma colectivo	84
La movilización social como eje vertebrador en la lucha por los derechos humanos	89
Comisiones de la verdad para la reparación (limitada) del trauma colectivo	94
Conclusiones	98
Referencias	101
4. Cuestionando el extractivismo epistémico: el poder del cine para devolver los resultados de investigaciones académicas a las fuentes primarias en El Salvador, <i>por Paula Cuellar Cuellar</i>	103
Introducción	103
Antecedentes	106
<i>Añil</i> y el poder de las historias orales	110
El extractivismo epistémico y el poder de las artes	117
Conclusión	122
Referencias	125
5. La «idea rusa» en el cine bélico sobre las guerras de Chechenia, <i>por Adrián Tarín Sanz</i>	127
Ortodoxia, autocracia y nación. Bases para un cine «verdaderamente» ruso	127

Guerras inmemoriales: obstáculos para el recuerdo cinematográfico.	132
Insuflando espíritu a la guerra	138
Referencias	147
6. La creación de una «Nación de Resistencia»: Representación de los soldados del ejército imperial japonés en el cine taiwanés de la posguerra (1960-1980), <i>por Hao-Wen Cheng</i>	149
Introducción	149
Construyendo una «Nación de Resistencia» en las películas de 1960-1987	151
Diferenciando al Otro: Apariencia y Lenguaje	164
Conclusión	171
Referencias	172
7. Caos de Memoria: recuerdo y borrado del Holocausto en los cómics y películas de Marvel, <i>por Erin L. Smith</i>	175
Marvel ante el Holocausto. Bruja Escarlata y Magneto como supervivientes	175
Magneto/Max Eisenhardt/Erik Lehnsherr.	
Del villano canónico al antihéroe de las mil caras	178
Bruja Escarlata/Wanda Maximoff. Superación del trauma a través de la violencia y deseo de redención	186
Conclusiones	191
Referencias	196
Epílogo. El entierro de Navalny o el poder político de las imágenes, <i>por Miguel Vázquez-Liñán</i>	199

Epílogo

El entierro de Navalny o el poder político de las imágenes

Miguel Vázquez-Liñán

*«La memoria es una máquina de editar»
Leila Guerriero*

El primero de marzo de 2024 se celebró en Moscú el funeral de Alekséi Navalny, figura cardinal de la oposición política rusa, que había sido asesinado en una cárcel de su país dos semanas antes.

A pesar de que desde el «inicio» de la invasión de Ucrania por parte del ejército ruso en 2022¹ el Kremlin había eliminado toda posibilidad de protesta política en las calles, el funeral de Navalny se planteó desde el inicio, en las redes de oposición al putinismo, como un acto político. Y claro, las autoridades rusas hicieron todo lo posible por evitarlo. Para ello, retrasaron la entrega del cadáver a los padres de Navalny, concedieron el permiso para el entierro «público» muy poco antes del mismo, intentaron persuadir a la ciudadanía de que no asistiese a la ceremonia, y a la familia de que celebrasen el entierro a puerta cerrada. De hecho, Yulia

¹ La invasión del territorio ucraniano por las tropas rusas había comenzado ya en 2014 con la ocupación de Crimea y parte de la región ucraniana de Donbás. Nos referimos aquí, sin embargo, al inicio de la entrada masiva del ejército ruso en Ucrania que comenzase el 24 de febrero de 2022, guerra abierta a la que el Kremlin denominó «operación militar especial».

Navalnaya, la esposa de Navalny, que se había visto obligada a salir del país, no pudo acudir: su presencia en Moscú la hubiese llevado directamente a la cárcel.

El día del entierro, las calles adyacentes al cementerio amanecieron abarrotadas de policías armados hasta los dientes. La sensación de que en cualquier momento podían comenzar las detenciones —como ocurría en toda protesta contra la guerra— flotó en el ambiente durante aquella fría jornada. Aun así, miles de personas asistieron al sepelio, formando una enorme fila desde la que se gritaron eslóganes contra la guerra de Ucrania y contra el presidente ruso por primera vez en muchos meses.

Paralelamente, en diversos lugares de Moscú y del resto del país —también, por su puesto, fuera de Rusia— surgieron memoriales espontáneos, compuestos a menudo de lo que ya se ha convertido en una especie de estándar en estos casos: fotos, velas, flores... La policía fue destruyendo uno a uno estos memoriales, símbolos de fugaces victorias ético-políticas de la oposición: las autoridades eran muy conscientes del potencial movilizador de los mismos. Y los memoriales migraron a las redes, que se llenaron de imágenes de Navalny.

Comenzó, de esta forma, el proceso de edición de la «memoria inmediata», destinada a alimentar de representaciones simbólicas la acción política presente. Las imágenes de las largas filas de personas ante el cementerio enviaban un mensaje —*somos muchos*—, que hizo perder el miedo a algunos de quienes dudaban si asistir o no. El poder movilizador de la imagen nutrió las colas de asistentes.

Por otro lado, en los días previos y durante el transcurso del mismo uno de marzo se reavivó el recuerdo de funerales anteriores que también habían estado cargados de protesta y tensión política. Se unía, así, el entierro de Navalny con una determinada tradición, añadiendo solemnidad y envergadura política al momento y al homenajeado.

En las redes volvimos a ver las grabaciones del sepelio de Andréi Sájarov en 1989, el disidente y activista por la democracia y los derechos humanos al que muchos consideran el mejor representante del «espíritu de la Prestroika». También se acudió a la imagen del entierro de Jan Palach, estudiante checo que se quemó vivo en señal de protesta ante la ocupación soviética de Checoslovaquia en 1968; o a la del anarquista Piotr Kropotkin, en 1921, que congregó a aquellos que pensaban que la revolución debía haber sido otra cosa.

La importancia simbólica del ritual funerario está fuera de duda. Es, quizás, el acto de memoria por antonomasia. Usado política y mediáticamente, «santifica» al fallecido, ahora héroe de una causa cuyos seguidores suelen adquirir ese día estatura moral y respeto de la comunidad. En ese momento —nadie garantiza que al día siguiente se mantenga el efecto— se pueden permitir salir a la calle, exhibirse... decir lo que ayer era impronunciable: ¡No a la guerra! ¡Rusia sin Putin!, gritaban los asistentes al entierro de Navalny, eslóganes que el día antes, y al día siguiente, eran castigados con largas penas de cárcel. Reprimir el funeral supone, así, sobrepasar una clara línea roja. Significa distorsionar el ritual, lo siempre igual, lo sagrado: lo intocable. La

transmisión en directo amplificó el entierro de Alexéi Navalny, le dio categoría de «día histórico».

Las imágenes del cementerio llegaban en un *feed* permanente, como las piezas de un tetris. Y como en él, iban encajando hasta componer una frágil representación. Frágil, porque se desvanece rápidamente para ser sustituida por una nueva, compuesta por imágenes que siguen llegando y hay que situar con rapidez. Se trata de secuencias fugaces que forman parte del guion de la movilización —y de nuestras vidas—, que usa recuerdos pasados para construir la memoria del hoy. Sólo la fijación consciente de una colección determinada de imágenes, su difusión repetida e interpretación a través de los medios de comunicación aspira a convertir el pantallazo del tetris en memoria colectiva. «La vida no es la que uno vivió, sino la que recuerda y cómo la recuerda para contarla», escribió García Márquez en sus memorias. O la que nos recuerdan, podríamos añadir.

Siguiéndolo tras la pantalla, el guion audiovisual del funeral de Navalny me provoca emociones, me indica cómo he de sentirme, cuáles son las sensaciones «correctas». La cámara que politiza la imagen me indica a dónde tengo que mirar, me recuerda una topografía de la protesta —en esta ciudad ya hubo otras, que me son recordadas—, cómo he de comportarme —también como otros se comportaron antes—. La música de fondo que acompaña a algunas imágenes me entristece; más tarde, la melodía se detiene para dejar el crudo sonido de los eslóganes, con un encuadre que subraya la multitud y que llama a la rabia y al sentido de comunidad. En ese momento, soy parte de

ellos. No soy ruso, no estoy en Moscú, no me apunta una cámara ni un fusil de la policía, pero soy parte de ellos. Y entonces pienso en la memoria de los policías en ese momento: ¿recordarán a aquellos agentes que se pasaron «al otro lado» durante las protestas que acompañaron la caída de la URSS? O no; quizás sus redes hayan priorizado el recuerdo de protestas con policías heridos por el ataque de los manifestantes, provocando lo contrario a la empatía hacia ellos. La hegemonía de la oposición empezará a fraguarse cuando las imágenes que acuden a las mentes de esos policías hundidos en sus uniformes de antidisturbios se acerquen a las de los manifestantes. La memoria se tornará colectiva... por algún tiempo.

Mientras tanto, la rabia y la tristeza son alimentadas por la sucesión de imágenes y testimonios que se cuelan en los teléfonos móviles de quienes guardan la fila, durante horas y a temperaturas bajo cero, para despedirse de Navalny. En efecto, con el paso de las horas, va cuajando la sensación de estar viviendo una jornada histórica. Pienso en la memoria futura: *yo estuve allí...* porque seguí las imágenes sin despegarme de una pantalla, a 5.000 kilómetros de distancia. Me emocioné con ellas. Y lo que es más importante: decenas de miles de rusos que tuvieron que salir de su país por la guerra, *estuvieron allí* en aquel momento: fueron —pudieron sentirse— parte del grupo. Otras redes, sin embargo, están enviando imágenes diferentes. Construyendo otra representación de lo que allí ocurre, con otros subrayados. Ambas memorias se enfrentarán en el futuro. La máquina de editar no deja de funcionar. La construcción de la memoria colectiva

se presenta como lo que es, un proceso creativo y permanente.

La imagen editada prepara la movilización política: la precede y alimenta. Recupera, editándola, la memoria de movilizaciones previas; orienta la mirada hacia la injusticia, la documenta e interpreta mientras provoca las emociones necesarias para la agitación. Las imágenes nos sugieren que somos parte activa de una lucha con su propia historia: construyen nuestra identidad como grupo. Durante la movilización, las imágenes pasadas nos muestran la topografía de la protesta: volvemos a los lugares simbólicos para llevar a cabo *allí mismo* actos cargados de significado, a menudo acompañados de la banda sonora de antiguos himnos. Recordamos héroes de otros tiempos; es la memoria en acción, la memoria futura. Tras la agitación, la experiencia editada formará parte del relato de futuras movilizaciones. La máquina de edición seguirá en funcionamiento y, por fin... haremos historia.